

NÚM. XXXII

TURGOT.

(1727-1781.)

Consideraremos sucesivamente en Turgot al filósofo y al hombre de Estado; al filósofo, término esencial en la historia de la doctrina de la perfectibilidad; al hombre de Estado, que representa uno de los mas enérgicos esfuerzos de la antigua Francia para reformarse por sí, y evitar de ese modo la necesidad de una destruccion y de una renovacion radical de su constitucion política. Bajo cualquier aspecto que se le considere, siempre se advertirá la unidad del mismo hombre, pues la economía política de Turgot no es mas que una consecuencia de su idea de los anteriores cambios sociales, y su administracion, consecuencia tambien del pensamiento histórico, no es mas que una tentativa de efectuar pacíficamente los progresos que él juzga inevitables. Compendiarémos ántes los acontecimientos de su vida.

Roberto Jacobo Turgot nació en Paris el 10 de mayo de 1727, de una nobilísima familia de Normandía. Su padre fué cónsul del tribunal de comercio de Paris, consejero de Estado, y primer presidente del supremo consejo. El jóven Turgot fué educado en los colegios de Luis el Grande y de Plessis, y luego en el seminario de San Sulpicio. Teniendo la desgracia de contar hermanos mayores que él, sus padres, segun la costumbre de entónces, le destinaron al estado eclesiástico, y su amor al estudio, la tranquilidad de su carácter, la modestia de sus zostumbres parecian inclinarle á esta vocacion. Pero le detuvieron los escrúpulos de su conciencia, despertados por buenos estudios teológicos y sólidas reflexiones. En vano sus condiscipulos trataron de inducirle, poniéndole á la vista las dignidades que en aquella carrera le prometian su nombre, su ingenio despabilado y el aprecio de que empezaba ya á gozar; insistió virtuosamente en la determinacion de no progresar en las órdenes, y dejando el oficio de prior de la Sorbona, fué en 1752 nombrado sustituto del procurador general; luego consejero del parlamento, y finalmente refrendario (maître des requêtes). Tenia apénas veintiseis años, cuando le fueron abiertas de este modo las

puertas de la administracion superior, y desde entónces, en vista del aprecio que le profesaban, pudo medir el camino que estaba llamado á recorrer. No habia renunciado todavia á los estudios favoritos de su juventud, y relacionado estrechamente con los compiladores de la *Enciclopedia*, escribió en 1755 para ella los artículos *Etimología*, *Existencia*, *Expansibilidad*, *Feria*, *Fundacion*; debia escribir tambien los de *Hospital*, *Inmaterialidad* y otros; pero las persecuciones de que fué objeto la *Enciclopedia*, le indujeron á retirarse, no por cobardía, sino por espíritu de conducta; pues temió le acusasen de formar parte de una secta, cuando solo habia creído seguir la bandera de la filosofia en general, y ser responsable únicamente de sí mismo. Y como cada cual tiene derecho á elegir la carrera para que se juzga mas apto, Turgot se dedicó de nuevo al estudio de las ciencias de Estado. Ayudóle mucho en él la amistad de Quesnay y Gournay, superintendente del comercio, y uno de los mejores economistas del siglo; tanto que puede considerarse á ambos como las fuentes de todo el saber político de Turgot.

En 1761, á la edad de treinta y cuatro años, fué nombrado superintendente del distrito del Limosin, donde permaneció trece años; y la Revolucion, que en los demas puntos destruyó completamente los recuerdos de la antigua administracion, no hizo olvidar allí su nombre. Voltaire, cuando supo el cargo que se le habia confiado, le escribió lo siguiente: « Uno de » vuestros cofrades me ha escrito últimamente » que un superintendente no puede hacer sino » mal; espero probaréis con las obras que puede » hacer mucho bien. » Así sucedió en efecto, y el dolor de aquellos habitantes cuando se retiró de entre ellos, muestra el mérito raro de su administracion. En su elogio baste decir que trece años de una vida tan preciosa, pasados en una oscura provincia, no fueron perdidos para el mundo. Turgot no se ocupaba solamente en los particulares relativos á su jurisdiccion; y aunque léjos de Paris casi todo el

año, mantenía correspondencia con los hombres mas señalados de aquel centro luminoso y activo. Durante su residencia en el Limosin, escribió el *Tratado de la formacion y distribucion de las riquezas*, que precedió nueve años al que compuso Adan Smith sobre el mismo asunto y con igual espíritu; y aunque los defectos y peligros del sistema de absoluta libertad de industria son conocidos hoy de todas las personas entendidas, ese sistema contribuyó mucho á destruir otro mas perjudicial, y en que Turgot representó un papel principalísimo en la gran revolucion del gobierno económico de los Estados. ¿Cuán preferibles no son las presentes condiciones de la industria, á pesar de tantos males como son su inevitable consecuencia, á las de la Francia antigua! Ni proponiendo su teoria, ni invocándola, se hizo, pues, traicion á la causa de la perfectibilidad.

Como quiera que sea, Turgot, con sus filosóficas fatigas, y sobre todo con su administracion, supo adquirirse desde el fondo del Lemosin tal fama de doctrina y humanidad que su nombre era venerado en toda Francia. Sus escritos en materia de hacienda y de política se citaban como autoridad; y cuando, á la ascension de Luis XVI al trono, se sintió la necesidad de sostener al nuevo rey con un ministerio que inspirase respeto, se llamó á Turgot. Secretarió de la marina por algunas semanas, pasó de allí á hacienda, sucediendo á Terray, á quien la voz pública calificaba de incapaz. Estos dos ministros, bajo todos conceptos, eran el uno el reverso del otro; y si Turgot, para elevarse mas alto, hubiese debido encontrar un contrate, no lo habria hallado mas á propósito que en la persona de su antecesor. Pronto tendríamos que volver á hablar de este glorioso, si breve, ministerio, mas grande, en verdad, por sus intenciones que por sus actos. Turgot lo ocupó tan solo veinte meses, pues nombrado en agosto de 1774, tuvo que renunciar en abril de 1776. Soportó su desgracia con ánimo sereno, doliéndole únicamente los padecimientos del pueblo, que hubiera querido aliviar, y el inminente peligro de una revolucion, que preveía. Pasó tranquilo el resto de sus dias en el cultivo de las letras y las ciencias y en medio de los placeres de la amistad. Fué nombrado individuo de la Academia de las Inscripciones; y el 18 de marzo de 1781 murió célibe, de edad de cincuenta y cuatro años. « Fué una verdadera calamidad pública (dice su amigo Dupont de Nemours) que no dejase posteridad. » Pero Turgot tenia una idea harto elevada de la santidad del matrimonio, y despreciaba demasiado la manera de formarse comunmente entre nosotros tal vínculo, para resolverse á contraerlo. Deseaba encontrar unidas muchas buenas cualidades, y ante todo un afecto intenso, como sería el suyo. Fué desgracia que no lo hallase, porque hubiera contribuido á la dulzura, la paz y el consuelo de su vida.

Darémos principio al análisis de algunas

obras de Turgot por los dos discursos pronunciados como prior de la Sorbona en la ceremonia de la apertura y de la clausura de los estudios de esta facultad. Las ideas elevadas que contienen, adquieren mucho mas interes por la condicion del orador, por la clase del auditorio, y por la circunstancia del tiempo; este es, á mitad del siglo XVIII.

Trata el primero de los beneficios del Cristianismo. Si el género humano progresa, deben considerarse como progreso los cambios acaecidos en el mundo desde que reina el Cristianismo. Así, pues, la doctrina de la perfectibilidad demuestra, contra los ciegos admiradores de lo antiguo, que el mundo cristiano lleva al que le precedió grandes y singulares ventajas. Esto se propone Turgot en el primer discurso. Alaba al Cristianismo con delicado juicio, pero quizá con demasiada reserva; y aunque la tesis de su superioridad sobre el paganismo es, por decirlo así, tan antigua como él, la presenta sin embargo tan despojada de supersticion que parece nueva. Empieza echando en cara á la antigua filosofia las contradicciones, las incertidumbres, las debilidades; cita en contraposicion á los grandes pensadores de la Escolástica, los cuales, en medio de la barbarie, tuvieron, sobre todos los grandes problemas del alma humana, nociones mas ciertas, elevadas y comunicables que los filósofos de la Grecia. Les debemos el progreso de las ciencias filosóficas de la edad média; y cuando la historia, la física y todas las ciencias naturales, sepultadas aun bajo las ruinas de Roma, esperaban de la general trasformacion de las costumbres la señal para resucitar, la teología, tan estrechamente unida con la metafísica, elevaba á esta á una altura que no alcanzó nunca el genio de la Grecia. Sin el Cristianismo ¿qué hubiera sido de la Europa inundada por el terrible diluvio de Bárbaros y sujeta á su yugo? Para juzgar de ello, compárense las partes del imperio romano en que se ha difundido el Cristianismo con aquellas cuyos conquistadores no sintieron su influjo. ¿Qué vestigios quedan de la civilizacion y el saber que reinaban en otro tiempo en Grecia, Egipto, el Asia Menor, el África Septentrional, en suma, donde quiera que el Cristianismo no ha echado raíces? Roma debe solo al Cristianismo la conservacion de cuanto bueno tenia en su antiguo Estado. El Cristianismo impidió al latin sucumbir en medio de los idiomas bárbaros que lo invadieron todo, y salvó los preciosos restos de la literatura clásica. Y si durante largo tiempo, gracias á las luchas y divisiones de los conquistadores, á su rudo gobierno, al aislamiento de la aristocracia confinada en los castillos, y á la falta de comunicaciones y de comercio, esta herencia no dió los frutos que eran de esperar, fué á lo ménos respetada para tiempos mejores. Mérito es del Cristianismo haber establecido una instruccion regular para el pueblo. ¿Qué magistratura tiene una antigüedad comparable á la de los curas párrocos? ¿Cuántas luces no

ha esparcido en el pueblo, así por medio de este sacerdocio como de las escuelas destinadas á su educacion y formadas de personas de todas categorías? A pesar de la barbarie, la educacion literaria se generalizó en Europa mas de lo que habia estado en los buenos tiempos de la antigüedad.

Pero de todas las cosas nuevas que el Cristianismo introdujo en el mundo, el amor de Dios es la mas hermosa. Es un bien en que no soñó siquiera la antigüedad. Se temia á los dioses, se les rogaba por interes, se los adoraba, pero nadie se cuidaba de amarlos. El Cristianismo vertió en los corazones los infinitos tesoros de la devocion, y no solo enseñó á los hombres las virtudes puramente divinas, sino que ademas robusteció las puramente humanas, que sus adversarios le acusaban de descuidar. Desde el principio destruyó las barreras entre Judíos y Gentiles, y por consiguiente las que existian entre los pueblos de razas distintas. Creó la igualdad, proclamando á todos hijos de Dios; hizo que los hombres se amasen como hermanos y que los reyes tuviesen mas humanidad; esta última palabra, sin equivalente en ninguna lengua anterior, fué introducida por él en el mundo. Se vió (cosa que la antigüedad no habia sospechado siquiera) á los pobres y los enfermos llegar á ser objeto de los afectuosos cuidados de todos; los huérfanos, los ancianos, los prisioneros, todos los que padecen, tuvieron instituciones especiales, y los templos erigidos á Dios en la persona de los afligidos, parecieron con razon á los amigos del género humano mas preciosos que las antiguas maravillas de las bellas artes. En suma, el amor á la piedad se generalizó tanto como en los tiempos antiguos el amor á los placeres, y las iglesias marcan en la faz de la tierra las huellas de Roma cristiana, como los anfiteatros de los gladiadores marcan las de Roma pagana. Es indudable, pues, que la felicidad de los hombres considerados en sí mismos se ha aumentado, así como la de los hombres considerados en las sociedades civiles.

En efecto, el Cristianismo influyó en la bondad de las leyes y de las personas encargadas de ejecutarlas, lo cual constituye toda la política. Ve claramente esta influencia todo el que trata de examinar las antiguas sociedades, con los horrores de la esclavitud y de la guerra, sobre todo si se admite la felicidad de las clases inferiores igual á las privilegiadas. « Ni los progresos lentos y sucesivos (dice el orador), ni la variedad de los acontecimientos que elevan á un Estado sobre la ruina de otro, han podido destruir un vicio fundamental, arraigado en todos los pueblos, cuyas leyes contenian la misma injusticia. En todas partes veo que la idea de lo que se llamó bien público, se limitó á un pequeño número de personas; veo que los legisladores mas desinteresados respecto de sí mismos no lo fueron igualmente respecto de sus conciudadanos, de la sociedad ó de la clase

de que formaban parte. Así en las antiguas repúblicas la libertad se apoyaba ménos en el sentimiento de la dignidad natural del hombre que en un equilibrio de ambicion y de poder entre particulares: el amor patrio era, no tanto el amor á sus conciudadanos cuanto un odio comun á los extranjeros. De aquí las atrocidades de los antiguos contra los esclavos, y la institucion de la esclavitud esparcida por toda la tierra; de aquí las horribles crueldades en las guerras de los Griegos y de los Romanos y la bárbara desigualdad entre los dos sexos que reina aun en Oriente, de aquí el desprecio al mayor número de los hombres, inspirado casi en todas partes como una virtud, y llevado en la India hasta el exceso de temer tocar las personas nacidas en baja esfera; de aquí finalmente la tiranía de los grandes con el vulgo y la opresion recíproca de los pueblos. La ley fué hecha siempre por los mas fuertes para oprimir á los mas débiles, y si alguna vez se consultaron los intereses de la sociedad, de continuo se descuidaron los de la especie humana. »

Vino, pues, el Cristianismo á poner en claro los derechos de la humanidad, y á dar á conocer los verdaderos principios de la union de los hombres y de las diferentes sociedades entre sí. Aunque los hombres hallasen en sí mismos aquel afecto que Dios les inspiró hácia todos sus semejantes indistintamente, conservaron no obstante cierta predileccion hácia la sociedad en que nacieron, formándose de este modo las distintas naciones, enlazadas cada dia mas estrechamente con amistosos vínculos. Merced á la religion, cambiaron los usos de la guerra; no hubo ya ciudades reducidas á montones de cenizas, ni pueblos degollados ó vendidos; cesaron las atrocidades del derecho público de los antiguos, y si la esclavitud, último resto de aquellas costumbres duras é injustas, subsiste todavía, á lo ménos no es en Europa. La monarquía se moderó por el solo hecho de la mansedumbre, mayor á causa del Cristianismo. Las costumbres fueron un freno para todos, y particularmente para los reyes, que ántes no conocian ninguno; y por eso los antiguos no tenian idea de la autoridad real de los tiempos modernos. Aristóteles creía incompatible la dulzura del gobierno con el mando de uno solo, porque en sus dias no se conocia mas monarquía que la de los tiranos de las repúblicas, ó la de los déspotas del Asia; la misma que aun subsiste en los países donde los reyes no son educados por la disciplina cristiana, ocupando el trono las pasiones individuales. El que desee conocer cuán diversas son las monarquías cristianas de las otras, dirija una mirada á los países que profesan la religion de Mahoma. La creencia cristian aba disminuido donde quiera el despotismo. « Indicando (dice el orador al terminar su discurso) el supremo tribunal de un Dios que juzgaría la causa de ellos y de los pueblos, ha hecho desaparecer ante sus ojos la distancia entre el monarca y los súbditos, destruida casi

por la distancia infinita que separa á todos de Dios. En la comun humillacion casi los ha igualado: los príncipes y los súbditos no son ya dos potencias opuestas que alternativamente victoriosas hacen pasar á los Estados de la tiranía á la licencia, y de la anarquía al despotismo. Los pueblos, por la sumision que les inspira, y los príncipes por la moderacion que les impone, concurren al mismo fin, es decir, á la felicidad de todos.... Almas viles, que creéis agrandar á los reyes vendiendo la causa de la humanidad, y persuadiéndoles que no deben cuidarse sino de sus personas, y que los pueblos existen solo para ser la base de su grandeza y sobrellevar todo su peso, vuestras vergonzosas adulaciones son un ultraje á los reyes dignos de este nombre. »

El segundo discurso desenvuelve el mismo principio de la perfectibilidad, pero mas extensamente; pues en él se considera al género humano, no ya en un solo período de lo pasado, sino por completo. Es un bosquejo de historia universal, que, aunque imperfecto, tiene el mérito de honrar á toda la especie humana, cosa que no habia hecho ántes ninguna historia universal. En efecto, para que surgiese la idea de la unidad de todos los siglos y de todos los pueblos, se necesitaba que la idea de la perfectibilidad hubiese adquirido ya cierta fuerza, no siendo posible á otra inspiracion una idea histórica tan general. Este discurso no tiene, ni con mucho, el vigor y la profundidad del de Bossuet; pero tampoco envilece la familia humana, y lejos de reducir, como aquel, la filosofía de la historia á estrechos límites, deja por el contrario entrever sendas aun no exploradas, que prometen esperar otros puntos de vista, consecuencias lógicas de aquel de donde parte.

El autor indica primeramente la diferencia que existe entre los fenómenos de la naturaleza y los de la sucesion de los hombres: la naturaleza gira en un círculo en el que se repiten siempre las mismas revoluciones; el género humano, al contrario, ofrece cambios siempre nuevos. « En las sucesivas generaciones (dice) de los animales y las plantas, el tiempo se limita á repetir á cada instante la imagen de lo que hizo desaparecer: la sucesion de los hombres presenta de siglo en siglo un espectáculo de continuo variado: la razon, las pasiones, la libertad producen siempre accidentes nuevos. Todas las edades están ligadas por una serie de causas y efectos que enlazan el estado del mundo á cuantos le han precedido. Los multiplicados signos del idioma y de la escritura, ofreciendo á los hombres el medio de asegurar la posesion de sus ideas y de comunicárselas á los demas, han formado de todos los conocimientos particulares un tesoro comun, que una generacion trasmite á la otra, como una herencia sin cesar aumentada por los descubrimientos de cada siglo; y el género humano, considerado desde su origen, parece á los ojos de un filósofo un inmenso todo que, lo mismo que el individuo, tiene su infancia y sus incrementos,

Se levantan y caen imperios; succédense leyes y formas de gobierno; artes y ciencias se descubren y perfeccionan. El interes, la ambicion, la vanagloria cambian continuamente la escena del mundo, y en medio de los destrozos las costumbres se suavizan entre sí; el comercio y la política, por último, reúnen todas las partes del mundo, y la especie humana, con alternativos períodos de calma y de agitacion, de bienes y de males, camina siempre, aunque á pasos lentos, hácia una perfeccion mayor. »

En seguida Turgot se interna en los pormenores de la historia, y dejando á un lado las dificultades de los primeros capítulos del Génesis, toma á los hombres despues del diluvio y de la division de las lenguas. Obligados por la esterilidad del suelo á separarse, se derraman en breve por toda la superficie de la tierra. Las naciones desunidas por la distancia de los lugares, la diferencia de idiomas y la falta de comunicaciones, se encuentran en la misma situacion en que hoy vemos aun á los pueblos salvajes. Luego empieza algun vislumbre á aclarar tan densas tinieblas; los Caldeos, los Egipcios, los Chinos, dejan atras á los demas pueblos; las distintas naciones se desarrollan desigualmente, pues unas marchan á grandes pasos hácia la perfeccion, mientras que otras permanecen en su estado de infancia; y como efecto de tal desigualdad, el estado actual del universo, ofreciendo á la vez todas las varias gradaciones de la civilizacion, nos presenta á una simple ojeada las huellas de todos los pasos del humano entendimiento y el compendio de la historia de todas las edades. Las cadenas de montañas, los grandes rios, los mares, deteniendo dentro de ciertos límites las correrías de los pueblos, y por consiguiente su mezcla, determinan varias lenguas generales que llegan á ser el vínculo de muchas gentes, y se dividen todas en cierto número de familias. La ambicion de los conquistadores, formando los grandes Estados con fragmentos de muchos pequeños, restringe la extension de la guerra juntamente con la de las fronteras; las ciudades y los campos empiezan á gustar de la paz, la comunicacion de los conocimientos es mas rápida y general; las artes, las ciencias y las costumbres se perfeccionan. « Desaparecen los males inseparables de las revoluciones, como las tormentas que agitaron las olas del mar; el bien queda y la humanidad se perfecciona. » Se inventa la escritura, y ya el progreso tiene una base positiva; esta invencion sirve para unir los tiempos y los lugares, perpetuar la memoria de los grandes hombres, enlazar los proyectos, la experiencia y los productos de todas las edades, y formar una escalera cuyas gradas sirvan á la posteridad para elevarse.

Pero ¿qué leyes regulan la sucesion las opiniones de los hombres?

Aquí Turgot aparece impotente, no basta á sostenerle la historia de la filosofía, ni la del derecho, ni la de la religion, ni aun la de las

ciencias; las misteriosas vías por las que la Providencia guía al entendimiento humano, son un laberinto en que el orador se pierde. « Busco (exclama) en la sucesión de las opiniones el progreso del entendimiento humano, y solo veo la historia de sus errores. » En efecto, ¿cómo penetrar el secreto de los grandes desarrollos de la vida con el mezquino principio de la sensación, única metafísica de Turgot? Por eso ve él la ley del progreso tan solo en el enlace de los acontecimientos.

Llegando al origen de la Grecia, se ofrece á su consideración un nuevo fenómeno, es decir, un pueblo entero de naciones, al cual una debilidad igual y la naturaleza del territorio interrumpido por montañas y por el mar, impiden extenderse, y que forma un solo cuerpo en virtud de las confederaciones y los intereses, de las mismas guerras y emigraciones, de un idioma y una religión idénticas, de costumbres casi iguales, del comercio, de los juegos públicos y de un tribunal federativo. Allí la inteligencia humana recibe un desarrollo y perfección incomparables. En tiempo de Alejandro, la Grecia se arroja sobre el Asia, y de las ruinas de las satrapías de Darío surgen reinos griegos. Alejandría sustituye á Atenas, y al propio tiempo empieza á distinguirse á Roma en el Occidente. Esta reúne bajo su dominio toda la Italia, triunfa de Cartago, y finalmente somete la Grecia. Allí completa su educación intelectual: la lengua latina se ennoblece y difunde por toda la superficie del vasto imperio; el gusto se perfecciona en los diversos ramos, y la civilización romana, hija de la griega, se convierte en rival. Y cuando Roma envilecida y corrompida ha perdido toda grandeza moral, entónces vienen los pueblos del Norte á abatir el gran coloso, y de nuevo la barbarie extiende su reino por toda Europa. En aquel momento empieza el Cristianismo á esparcir sus beneficios, la idolatría desaparece, se corrigen las costumbres, echa raíces la verdadera piedad, los Bárbaros se civilizan. Este benéfico cambio va propagándose poco á poco hasta el Norte, formidable origen de las invasiones, y civilizándole da estabilidad á la población, é impide se reproduzca la emigración. Carlo Magno se esfuerza inútilmente en resucitar el romano imperio; y á su poder, aniquilado al poco tiempo, sucede un sistema de Estados pequeños, independientes los unos de los otros.

¿Qué utilidad resulta del fraccionamiento del imperio romano en diversas naciones, y de la constitución federal de estas? Aquí también el orador se ve asediado por la incertidumbre, y el cuadro que traza del imperio de la edad media no ofrece más que desolación. « Reyes sin autoridad, nobles sin freno, pueblos esclavos, campos sembrados de fortalezas y devastados á cada paso; la guerra encendida entre las ciudades, entre las aldeas, invadiéndolo todo; el comercio destruido, las comunicaciones interrumpidas, las ciudades pobladas de artesanos

pobres é inertes; las riquezas y comodidades que aun se gozan, disipadas en el ocio de los nobles, dispersos en los castillos, que solo saben desafiarse y empeñar combates inútiles á la patria; crasa ignorancia en todos los países, en todas las profesiones: ¡triste, pero verdadero cuadro de Europa, durante muchos siglos!

Pero en el seno de la barbarie, se preparan los gérmenes del futuro progreso: se constituyen las ciudades, centros naturales del comercio y de la riqueza social en todos los pueblos civilizados; y atacan los castillos, sostenidas por los reyes, que tienden la mano á las oprimidas poblaciones para que estas les sirvan de apoyo contra los grandes vasallos. La filosofía de Aristóteles se mantiene merced á la escolástica, y el ingenio de ignorados artifices va creando en silencio los varios ramos de la industria. ¡Cuántas invenciones en la edad media, que ni siquiera soñaron los antiguos! Las letras de cambio, el arte de fabricar relojes, los instrumentos de óptica, la pólvora, la náutica. Al mismo tiempo las naciones, según las distintas circunstancias de cada una, toman los rasgos que las caracterizan. Las guerras contra los musulmanes les enseñan á unirse en un interés común, y dan origen á las relaciones diplomáticas. Francia, España é Inglaterra se elevan á la unidad política. El globo es conocido por entero, y los pueblos occidentales llevan sus leyes al nuevo continente. Empiezan también entónces á reflorcer las maravillas de la antigua civilización. Los Turcos, destruyendo el imperio griego, arrojan á Italia toda la riqueza de doctrina que aun quedaba allí: la imprenta, no solo asegura, sino que suministra nuevo vigor á las obras de la inteligencia: Europa regenerada rivaliza con los mejores siglos de Grecia y Roma en obras maestras de poesía y bellas artes: las ciencias se elevan adonde no llegaron en los antiguos tiempos: hasta la filosofía despliega sus alas; Descartes, Bacon y Leibnitz abren al entendimiento humano la senda del progreso: en suma, Europa marcha de nuevo á la posesión de cuanto había honrado la antigüedad, y á ello añade la inmensa superioridad de su religión.

Tal es la sustancia de estos dos discursos, que contienen la esencia de cuanto escribió Turgot en otras obras acerca de la perfectibilidad. Sin embargo, en ellos no aparece gran profundidad de filosofía; se considera solo la exterioridad de los fenómenos, y la teología está excesivamente descuidada, aun en el primero, el cual hace presentir que el autor, cediendo al torrente, está para abandonar la Sordana y entregarse á la Enciclopedia. Turgot tenía el designio de desenvolver, como Bossuet, en una serie de discursos históricos, las ideas contenidas en estos dos; pero no lo llevó á cabo. Poseemos, no obstante, muestras de dos discursos que debían formar parte de dicha obra; uno sobre el progreso de los gobiernos y

de su moral, y el otro sobre el progreso del entendimiento humano. Hay más fuerza en el título que en el contenido de ambos discursos, á pesar de que osó imaginar las principales condiciones de la historia filosófica del género humano. « *La Historia Universal* (dice) considera los progresos graduales del género humano y las causas que á ellos han contribuido; da á conocer los primeros principios de los hombres, la formación y la mezcla de las naciones, el origen y los cambios de los gobiernos, los progresos de las lenguas, de la física, de la moral, de las costumbres, de las ciencias y las artes; las revoluciones que han sustituido imperio á imperio, nación á nación, religión á religión; muestra al género humano siempre el mismo en los diferentes cambios, como el agua del mar en las tempestades, y encaminándose siempre á la perfección. » Pero ¿cómo había de satisfacer las condiciones de este programa el siglo XVIII, cuando ni aun el siglo XIX se encuentra en posición de conseguirlo? Me contentaré con observar que, entre el momento en que el entendimiento humano emprende su marcha, y aquel en que se siente capaz de determinar la norma del camino en todos los puntos, debe necesariamente pasar un intervalo, marcado por nuevos progresos.

Así Turgot no tardó en renunciar á su designio; y si se hubiese encontrado con fuerzas para ejecutarlo, ninguna consideración le distrajera de tan magnífica empresa. Pero la reflexión le demostró que su deseo de contribuir á la felicidad de los pueblos se efectuaría más fácilmente mejorando su estado económico y moderando el desnivel social. Abandonó, pues, el designio de la historia, sin renunciar por eso á los sentimientos de humanidad que se lo habían inspirado, y de que dan evidentes pruebas todas las acciones de su vida. La circunstancia de tener parte en la administración y sus relaciones con Gournay, le determinaron especialmente en favor de la política económica. Gracias á la independencia y solidez de su entendimiento, no tardó en conocerla á fondo, y tanto por los escritos como por los actos de su ministerio, es uno de los principales actores de aquella gran conspiración á favor de la libertad de la industria, que caracteriza la segunda mitad del siglo XVIII, notabilísimo preludio de la revolución que lo termina.

Gournay, versado en el comercio, había sentido por sí mismo los muchos obstáculos que en todas las partes del reino ponían las leyes á la producción de las riquezas. Los viajes á Inglaterra y á Holanda le habían hecho familiares los principios económicos adoptados en la administración de aquellos países, tan distintos de los de la administración francesa, y que habían permitido sin embargo que el comercio y la industria prosperasen de un modo envidiable. Fijaron en particular su atención los escritos de Juan Witt, Holandés, y los de Child y Culpeper, Ingleses. Estos dos últimos, sobre todo,

le condujeron en derechura á la economía política. En suma, cuanto más estudiaba el estado de Francia, más dudoso le parecía que el orden resultante de la libertad por el solo hecho de la competencia debía producir ventajas mayores sin comparación que el sistema de reglamentos viejos, inaplicables ó absurdos, que impedían en vez de favorecer las más sencillas operaciones de la industria y el comercio. Celoso del bien de Francia, no tuvo más idea que atraer á todos á su opinión; y en los pocos años que dirigió los negocios públicos, logró producir á lo ménos, por medio de sus prosélitos, algún movimiento. De él decía Turgot en 1750: « Al ardor que mostraba en persuadir á cuantos hombres de ingenio conocía que se dedicasen al estudio del comercio y de la economía, y á la facilidad con que comunicaba á los demás los conocimientos que había adquirido, debe atribuirse aquella feliz animación que se manifestó dos ó tres años después que Gournay fué intendente del comercio, y que ha producido ya obras llenas de laboriosas indagaciones y de miras profundas, las cuales han quitado á nuestra nación la tacha de frívola, demasiado merecida por su indiferencia hacia los estudios verdaderamente útiles. »

Las ideas de Gournay diferían de las de Quesnay por su inclinación más exclusiva en favor de la agricultura, y en general por su carácter más práctico que especulativo; pero convenían en las principales consecuencias, esto es, la libertad de la industria, del comercio, y la sencillez del impuesto. Gournay gustaba de compendiar su sistema en este axioma: « Cada uno conoce su interés mejor que un extraño. » Parece, en efecto, indudable; pero debe deducirse de aquí, no como lo hicieron con demasiada precipitación los liberales exaltados, que el Estado es esencialmente incapaz de impedir al comercio una dirección útil; sino que, si el Estado no tiene los conocimientos ni la moralidad necesarios para dar semejante dirección, es mejor confiar los negocios del comercio y de la industria á particulares que tengan en ellos interés. Esta verdad se aplicaba admirablemente al régimen económico de Francia, y el examen atento de este se la había sugerido á Gournay, resumiéndose en la conocida fórmula de: *Dejad hacer, dejad pasar*, que debe conservarse como la protesta de la industria contra las antiguas leyes. Tal fué el maestro de Turgot.

Sin embargo, no debe creerse que, en materia de economía política propiamente dicha, Turgot siguiese á la letra la escuela de Gournay, pues más bien se acercó á la de Quesnay, pudiendo considerarse esto como origen de la predilección de Turgot hacia la propiedad territorial. Dupont de Nemours dice que Turgot era un ecléctico, colocado entre ambas escuelas, de las cuales tomaba lo que quería, pero sin afiliarse enteramente á ninguna; y bajo ciertos respectos es verdad, si bien en cuanto al principio fundamental, esto es, á la naturaleza de la ri-